

# 6

## El ser humano en el teatro de Esquilo: La bipolaridad mujer/varón

Por Bernardo PEREA MORALES \*

### EL SEXO DEBIL

El tópico del sexo débil viene de lejos. Lo hallamos en Esquilo. En las dificultades la mujer ha de recurrir al padre, al hermano, al marido, al amante, en definitiva, al varón. Electra es el motor de la venganza, pero Orestes el que la realiza. En *Las suplicantes* (1) el Coro pide a Dánao que no las deje solas, porque en una mujer sola no hay Ares, carece de valor y no puede defenderse por sí misma; y en otro lugar (2) solicita de Pelasgo que le envíe a su padre para que les aconseje. En la misma obra, Dánao advierte a sus hijas que, como es propio de mujeres cuando están asustadas, no se olviden de los dioses (3). Incluso Clitemestra, prototipo de la mujer osada, tiene que enviar a la Nodriza en busca de Egisto cuando prevé que puede tener problemas (4).

Las mujeres se muestran temerosas de hallarse en situación en que corra peligro su honestidad. En *Los siete contra Tebas* el Coro expresa su temor de que los enemigos de la ciudad lleguen a ser para ellas infaustos compañeros de cama y dicen que lo temen igual que la temblorosa paloma a las serpientes cuando todavía sus crías están en el nido (5).

La mujer es el prototipo de la falta de valor. Cuando hay que llamarle a un hombre cobarde, se le compara con una mujer. Así, según Orestes, el corazón de Egisto es femenil (6). Pero, a la vez, se instrumentaliza a la mujer para conseguir engañar al enemigo. Cuando el Coro reprocha a Egisto que no se haya atrevido a matar personalmente a Agamenón, Egisto dice que el engañar a Agamenón era, a todas luces, propio de una mujer (7).

### DEFECTOS DE LA MUJER

A la mujer se le atribuyen en Esquilo una larga sarta de defectos: es amiga de lujo, inestable emocionalmente, irreflexiva, caprichosa, vengativa, infiel, dominada por el sexo... y, por supuesto, inferior al varón. Se oponen austeridad y mollicie como cualidades propias respectivamente del varón y de la mujer. Clitemestra pide a Agamenón que camine sobre alfom-

bras desde el carro de guerra hasta el palacio, pero Agamenón se resiste a ello, por cierto inútilmente, alegando que tal cosa es más propia de mujeres (8). Eteocles afirma que desea no vivir con gente mujerial (9) ni en los momentos de desgracia ni en la prosperidad, porque, cuando van bien las cosas, las mujeres son petulantemente intratables, pero, cuando abrigan temor, son todavía un mayor mal tanto para la casa como para la ciudad. En la esticomitía entre Eteocles y el Coro (10) se contraponen la impresionabilidad femenina, que entraña un riesgo para la ciudad, según la tesis de Eteocles, al derecho que las jóvenes tebanas alegan para intervenir de algún modo en los destinos de la patria, puesto que también participan de la suerte que haya de correr la colectividad. Así, cuando Eteocles dice: «Oh, Zeus, ¡vaya clase de compañía que nos has dado con el linaje mujerial!», el Coro responde: «Un linaje miserable, igual que el de los hombres, cuando su ciudad es conquistada»; y, al conminar Eteocles al Coro: «Cállate, desgraciada. No asustes a nuestros amigos», contesta: «Callo. Con los demás padeceré el destino». Según la óptica masculina, las mujeres son peligrosas por impresionables y cobardes; la femenina, en cambio, defiende su participación en las preocupaciones de la sociedad y del Estado.

A una mujer que manda —dice el Coro de Agamenón (11)— le va bien el admitir lo que le agrada sin esperar a que lo confirme la evidencia. El criterio general habría de ser que la mujer no se caracteriza por la reflexión, sino por los impulsos emocionales. Tal vez por eso Clitemestra se enfrenta al Coro y le echa en cara que la está poniendo a prueba como si se tratase de una mujer falta de reflexión.

La hipocresía de una mujer no se le escapa a otra mujer. La Nodriza, que conoce perfectamente lo que pasa en el palacio, informa al Coro de que, ante la noticia de la muerte de Orestes, Clitemestra ha puesto el rostro triste ante la gente de la casa, pero que oculta dentro de sus ojos la risa (la alegría) que le ha producido la noticia (13). Estamos, pues, ante un espécimen de amante apasionada que pone su amor por encima incluso de la vida de su propio hijo. Al destacarlo, Esquilo nos demuestra dos cosas: que el

(1) Supl., 748-9.

(2) *Ibid.*, 968-71.

(3) *Ibid.*, 772.

(4) Coéf., 770-3.

(5) *Siete*, 288-97.

(6) Coéf., 305.

(7) Ag., 1636.

(\*) Catedrático del IB «Luis de Góngora» de Córdoba.

(8) Ag., 918-9.

(9) *Siete*, 188.

(10) *Siete*, 245-63.

(11) Ag., 483-4.

(13) Coéf., 737-9.

sentir general sería el contrario —antes estaba el sentimiento maternal— y que, al menos a veces, la mujer es arrastrada con violencia por el eros. Contrasta la conducta de la Reina con el llanto y la pena de la Nodriz (14) al tener conocimiento de la (falsa) muerte de Orestes. El Coro es radical en lo que se refiere a la sujeción de las mujeres al sexo. Dice que el eros, vencedor de la hembra, destruye la convivencia matrimonial (15). Clitemestra lo subordina todo a su pasión y se muestra con un realismo clínico: «llegó el desenlace —dice— de una antigua querrela no inmediato por mi desde hace tiempo» (16). No se trata tampoco de un arrebato pasional, sino de un crimen premeditado en el que la inteligencia y la astucia han estado al servicio de las pasiones. Clitemestra utiliza una lógica —la de los hechos queridos por su voluntad— y la pone de manifiesto al decir al Coro: «Ya quieras tú alabarme o censurarme, para mí es igual. Este es Agamenón, mi esposo, y está muerto por obra de esta diestra mano. Esto es así» (17). Pero que un hombre reciba la muerte de manos de una mujer, más aún, de su propia esposa (18), es tan inconcebible que el Coro llega al extremo de desear la muerte por haber visto tal iniquidad (19).

Se estima que la mujer es ocasionalmente la pérdida de los hombres. El adulterio de Helena ha conducido a la guerra de Troya. El de Clitemestra, la causa de la muerte del Rey. No es, pues, extraño que el Coro diga que le muerde el corazón el poderío de las almas iguales de esas dos mujeres (20). La mujer que, como Helena, acarrea el desastre a los varones es una loca irreflexiva (21).

## LA MUJER IDEAL

Junto a pasajes del teatro de Esquilo en que se alude a defectos femeninos, hay otros numerosos que nos facilitan información para delinear el retrato psicológico y moral de la mujer ideal.

La joven hija es, como Ifigenia, el adorno de la casa paterna (22) y una pura alegría al cantar con voz pura en los festines de su padre (23). La virginidad se valora mucho. En *Las Coéforas*, dice el Coro (24) que no hay remedio posible para el que toca las estancias virginales y sería vano el intento de purificar tan impuro crimen, aunque todos los ríos avanzaran por el mismo cauce para lavarlos. Precisamente esa alta valoración de la virginidad induce a realizar el sacrificio de una doncella a las divinidades —el caso de Ifigenia—; pero este primitivismo es criticado por el Coro, que califica tal sacrificio de acción impía, criminal, impura, audaz sin límites (25) que no se detuvo ni siquiera ante la virginidad de la víctima (26). Pero, en último término, la virginidad es respetada en función del futuro matrimonio, y el no casarse es una desgracia. Las Océánicas, en *Prometeo encadenado*, están llenas de espanto al ver que se consume la doncella de lo (27) y Apolo, en *Las Euménides*, se refiere a las Erinis como a las despreciables doncellas, las viejas niñas antiguas a las que no se une jamás ninguno de los dioses, ningún hombre ni bestia (28). Es más, el no casarse es un signo de fiera incivilidad: Pelasgo, en *Las suplicantes*, dice que, por el lenguaje bárbaro y por su color (subidamente moreno o negro) podría haber tomado a las Danaides, si portaran arco, por las

amazonas, mujeres sin marido que comen carne cruda (29). Pero hasta el momento del matrimonio la virginidad femenina vale más que la propia vida. Dánao pide a sus hijas que den preferencia a ser honestas antes que a su vida (30), y el Coro de *Los siete...* prefiere la muerte antes que la violación, la esclavitud y el destierro, tres evidentes males (31) e impetra de Zeus que fulmine con el rayo a Capaneo para que no llegue a entrar en su casa y las arrastre fuera de sus habitaciones virginales (32).

Por otra parte, se rechaza la poliandria. La infiel Helena es censurada por el Coro como mujer de muchos maridos (33). Clitemestra, que al principio de la tragedia *Agamenón* pone mucho cuidado en pasar por esposa modelo, afirma en el mensaje que envía a su esposo que la mujer no debe conocer el placer de otro hombre que no sea su marido (34).

La mujer debe ser recatada en la expresión de sus sentimientos. Cuando Clitemestra, con segundas intenciones, alude públicamente a su amor conyugal, tiene buen cuidado de excusarse diciendo al Coro que no va a avergonzarse de manifestar ante ellos su manera de ser amante del marido, ya que con el paso del tiempo se pierde la timidez (35).

La esposa habría de ser sumisa con el marido y no porfiar con él, como dice Agamenón (36). Su dominación en el hogar ha de ser carente de audacia, dice el Coro (37), dando a entender que existe una dominación de la esposa. Si existe tal dominación, pero no se fundamenta en algún tipo de superioridad o, al menos, igualdad respecto al varón, cabe pensar que el Coro se refiere a una dominación basada en la manifestación del amor con astucia inteligente, tópico que trasciende los siglos.

La esposa ha de ser fiel. La infidelidad puede atribuirse a desviaciones psicopatológicas. Ya hemos visto que el Coro tachaba de loca a Helena. Que el origen de la locura se atribuya a fuerzas extrahumanas es otra cuestión. Lo cierto es que el Coro llama a Helena paranoica. En otra ocasión el mismo Coro plantea la cuestión de que un crimen tan horrendo como el cometido por Clitemestra en la persona del marido sólo se explicaría bajo los efectos de alguna comida o bebida, es decir, con palabras de hoy, por estar drogada (38).

Ante todo la esposa habría de ser para el marido una mujer enamorada. Para una mujer —se pensaría habitualmente y por eso lo dice Clitemestra— su marido es imprescindible, insustituible. Veamos cómo se expresa mediante una serie de metáforas de gran fuerza. Un marido es todo esto: raíz que hace que el árbol frondoso proteja la casa con su sombra; frescor en el verano y calor en el invierno (39); pero guardián de la casa; cable del mástil que salva la nave; columna que sostiene el techo; hijo único para un padre; tierra que aparece ante unos navegantes que habían perdido la esperanza; hermosísimo día después de la tormenta; agua que corre de una fuente para el sediento caminante (40). Así se muestra Agamenón, para Clitemestra, al regresar de la guerra, según dice ella hipócritamente, lo que prueba que tales sentimientos tendrían vigencia social. Por eso la ausencia del marido en la guerra es tan dolorosa para la mujer, cuya inquietud y pena se revela en llanto y en insomnio, y, de lograr conciliar el sueño por cansancio, en tristes pesadillas. Lo dice Clitemestra (41): «Las fuen-

(14) Coéf., 731-3.

(15) Coéf., 599-60. (16) Ag., 1377-8. (17) Ag., 1405-6. (18) Ag., 1453-4. (19) Ag., 1448-54. (20) Ag., 1470-1. (21) Ag., 1454. (22) Ag. 208. (23) Ag., 245. (24) Coéf., 71 ss. (25) Ag., 217-21. (26) Ag., 228. (27) Pr., 898. (28) Eum., 68-70.

(29) Supl., 289-9. (30) Supl., 1012-3. (31) Siete, 333-7.

(32) Siete, 452-7. (33) Ag., 62. (34) Ag., 611-2. (35) Ag., 856. (36) Ag., 940. (37) Coéf., 630. (38) Ag., 1407-11. (39) Ag., 966-72. (40) Ag., 895-905. (41) Ag., 887-94.

tes de mi llanto incontenible se han secado. No tengo ya ni una gota siquiera; tengo enfermos los ojos de dormirme tan tarde a fuerza de llorar; de mis sueños me despertaba por el leve vuelo de un zumbador mosquito, porque veía en torno a ti (se dirige al esposo) más sufrimientos que cabían en el tiempo que me duraba el sueño». Podemos quitar todo lo hiperbólico debido a la expresión literaria y a las exigencias que reclaman las intenciones de Clitemestra, pero siempre nos quedará el testimonio de un sentimiento humano con vigencia social: la inquietud de la esposa por el marido ausente. Inquietud que puede llegar al paroxismo del desprecio de la vida y el deseo de la muerte: la esposa intenta suicidarse cuando le llegan noticias —ella ignora que falsas— de la muerte del marido. En tales circunstancias —refiere Clitemestra— «muchos lazos que ya me había yo anudado al cuello, otras personas los desataron por la fuerza» (42).

La mujer es la que gobierna la casa. Cuando Orestes llega de incógnito al palacio, pide al portero que salga la mujer que manda en la casa (43), aunque a continuación se rectifica: es mejor que salga un hombre, al que será más fácil darle una mala noticia (nueva referencia al carácter emotivo de la mujer); y Clitemestra, saliendo del palacio, dice a Orestes, a quien no reconoce y trata como a un huésped, que allí tiene lo que necesite —baños calientes y lecho reparador—, pero que, si ha de tratar algún asunto que sea digno de mayor consideración, que eso es propio de varones, con quienes consultará (44). Se da por sentada la distribución de funciones y responsabilidades entre la mujer y el marido, y que en este reparto le corresponde a la esposa el gobierno interno del hogar.

Muy directamente relacionada con la familia de relevancia social está la Nodriz. En *Las Coéforas*, la Nodriz, al enterarse de la supuesta muerte de Orestes, lleva la pena como compañera de viaje —así lo dice el Coro (45)—. Se trata de un sentimiento que está por encima de la estirpe, las fronteras y la condición social: esta nodriz es una esclava extranjera —de Cilicia— y su cariño hacia Orestes contrasta con la desnaturalización de Clitemestra.

## FEMINISMO Y MACHISMO

Hemos visto más arriba cómo las jóvenes tebanas reivindicaban ante Eteocles su derecho a preocuparse por la ciudad. Electra, en *Las Coéforas* (46), invoca a su padre muerto pidiéndole que tenga compasión de su hija hembra igual que del macho. Pero es en *Las Suplicantes* donde con más fuerza se abre paso a una tendencia feminista *avant la lettre*. En la última estrofa de la obra las Danaides expresan su deseo de que Zeus conceda el poder a las mujeres. Precisamente el que se diga tal cosa al final de la tragedia le confiere un mayor valor generalizador que supera en cierto modo la anécdota personal. Convencidas de que les asiste la justicia piden en sus plegarias que tal justicia se realice mediante los recursos liberadores procedentes de la divinidad, ya que previamente han sido ilustradas por sus servidoras de la conveniencia de tener moderación (47). El hecho de que esto se diga en el último verso de la obra es lo que nos confirma en nuestra interpretación de que hay un atisbo de feminismo junto a una conciencia de que sólo la

intervención divina puede otorgar a las mujeres el derecho que los hombres les regatean, cosa que en *Las Suplicantes* se ha producido a través del pueblo de Argos que, si les ha concedido asilo, ha sido por consideraciones de tipo religioso.

Por otra parte, esas mismas Danaides han defendido su libertad de rechazar a unos pretendientes y para no casarse, lo que viene a ser un aspecto del derecho humano a elegir estado y matrimonio con quien se quiera y libremente. Han dicho que prefieren ahoracarse a casarse con unos hombres que odian (48), que prefieren arrojarse desde lo alto de una roca a celebrar una boda que les violenta el corazón (49).

No se explica la existencia del feminismo sin la del machismo. Eteocles estima —y éste sería el criterio generalizado— que la mujer debe permanecer en su casa y ordena a las tebanas que se queden dentro y no hagan daño, «porque lo que es de fuera —dice— sólo le atañe al varón y no le corresponde a la mujer el resolverlo (50), mientras que a la mujer sólo le toca callar y estarse dentro de la casa» (51). Igualmente, en *Las Coéforas*, se mide con distinto rasero la conducta del hombre y la de la mujer (52). Orestes, que se resiste a considerar las circunstancias en que ha actuado su madre, demuestra comprensión para la conducta de su padre: «no acuses —dice a Clitemestra— al que estaba combatiendo mientras tú permanecías en tu hogar tranquilamente». Se da por sentado que el estar ausente del hogar confiere al marido un privilegio para ser infiel a la esposa.

El varón es sobreestimado respecto a la mujer. Fuera del ámbito familiar, en cuyo seno existen vínculos afectivos, y fuera de las fronteras patrias, si se comparan en abstracto estas dos realidades —varón/mujer— se atribuye mayor valor al primero. En *Las Suplicantes*, Pelasgo dice que sería un amargo dispendio el que unos varones regaran el suelo con su sangre por combatir en defensa de unas mujeres (53). Lo único que decide a los argivos a proteger a unas mujeres que, aunque tengan una relación remota con Argos —son descendientes de la argiva lo—, no dejan de ser extranjeras, es una consideración de tipo religioso: Pelasgo añade que, no obstante, hay que respetar la ira de Zeus, protector de los suplicantes, pues es Zeus lo más profundamente temido para los mortales (54), y aconseja a Dánao lo que ha de hacer para que su condición de suplicante llegue a conocimiento del pueblo que es quien, en definitiva, ha de decidir si se le presta ayuda o no. (Es curioso cómo el Rey de Argos que, analizando «racionalmente» el asunto, piensa que no merece la pena de arriesgar a sus hombres en una guerra por defender a unas extranjeras, ante la amenaza de las Danaides de ahorcarse de las imágenes de los dioses (55), se dispone a ayudarles y, para ello, a manipular la opinión pública mediante el sentimiento de compasión, pues, como dice, todo el mundo siente simpatía por los que son más débiles (56). Pero el Coro es consciente de todo y lo valora todo y, por ello, en su plegaria a Zeus en favor de Argos, alega como mérito de esta ciudad el que no dieran su voto a los varones despreciando a mujeres —lo normal hubiera sido lo contrario— por respeto hacia Zeus vengador vigilante (57). Pero al mismo tiempo sabe cuánta es la importancia del varón y cuánto se juega Argos en una posible guerra y, en consecuencia, entre

(48) Supl., 786-90. (49) Supl., 789-9. (50) Siete, 202-2. (51) Siete, 232. (52) Coéf., 917 ss. (53) Supl., 476-7. (54) Supl., 478-9. (55) Supl., 465. (56) Supl., 489. (57) Supl., 643-5.

(42) Ag., 874-6. (43) Coéf., 664. (44) Coéf., 668-73. (45) Coéf., 731-3. (46) Coéf., 502. (47) Supl., 1062.

los bienes que, llevadas de su gratitud, piden las Danaides a Zeus para Argos, está el que jamás la peste ni la guerra dejen a la ciudad vacía de varones (58). Porque, además de ser varón, en comparación con la mujer, el que encarna el valor y la prudencia, según vimos más arriba, tiene mucha importancia para la colectividad por ser el encargado de su defensa y protección. No es extraño que la tierra asiática gima con amor ardiente por la ausencia de la flor de los varones (59) y que el Coro de *Los Persas* tenga el corazón de luto y desgarrado por el temor de que Susa se quede vacía de varones (60). En la valoración específica del hombre y la mujer, lo justo, se estima, es que la vida de un varón compense por la de otro, y la de una mujer por la de otra mujer: Clitemestra pagará por Casandra, y Egisto, por Agamenón (61). Dentro de esta equiparación dentro del mismo sexo anotamos el que un hombre pueda hablar con mayor claridad a otro que a una mujer por ser diferentes los sexos en emotividad (62).

Común a mujeres y varones es la perversidad, más perjudicial que las fuerzas monstruosas de la naturaleza (63); pero a las mujeres se les atribuye en mayor grado, a menos que sean mujeres las que hablan. Las Danaides presentan a sus antagonistas así: son lujuriosos y violentos (64); tienen espíritu pernicioso y pensamientos pérfidos (65) y un corazón impuro, como los cuervos, que no respetan los altares de los dioses, de quienes no se preocupan ni tienen miedo a la santidad de sus imágenes (66); su soberbia es excesiva (67); son impudentes como perros (68); tienen la violencia de monstruos insensatos y sacrilegos... (69). Como se ve, no salen los varones mejor parados que las mujeres en el inventario de defectos. La naturaleza humana, llegada la ocasión, incurre en *hybris*, en soberbia insolente que lleva al sujeto a supervalorarse y atender con exclusividad a su propio interés.

## EL MATRIMONIO COMO INTEGRACION

El teatro de Esquilo plantea como cosa justa la libre elección del cónyuge. Dánao dice que no es puro quien se casa contra la voluntad de la esposa y del que ha de entregársela (70): quien tal hace incurre en culpa de impiedad que, tras la muerte, le es imputada por Hades, último e inapelable juez. La libertad para casarse y para casarse con quien se quiere queda garantizada recurriendo a instancias religiosas. Las Danaides insisten reiteradamente en rechazar a los pretendientes que quieren obligarlas a casarse. Desde el comienzo de la tragedia, cuando aún no ha salido a escena Pelasgo y, por tanto, no pueden suponerse intenciones de coacción, sino un propósito sincero, dicen las Danaides que, de no alcanzar de los dioses olímpicos protección que las libre del matrimonio que rechazan, su raza de flor negra herida por el sol llegará con los ramos suplicantes, tras morir colgadas de unos lazos, al Zeus subterráneo (71). «Antes la muerte arrojándose desde una roca —dicen— que casarse con un raptor que hace violencia a su corazón» (72). Pero, frente a la posición ilustrada de la libertad para la elección de consorte, hallamos también la opinión popular que incluso en nuestros días podemos escuchar en expresiones paremiológicas. Tal

dicen las sirvientas de las Danaides (73): lo mejor sería que aceptasen las bodas, porque, en último término, el asunto está sujeto al destino, es algo *mórsimon*. Las sirvientas, menos maximalistas, recomiendan a las Danaides mesura (74) y la aceptación de la realidad. Pero Esquilo defiende que la unión amorosa sea un acto de libertad. En *Prometeo encadenado* Zeus es presentado en algunos pasajes con rasgos tiránicos, pues según Prometeo, por el capricho de unirse a lo (75) se comporta violentamente. Por el contrario, el Coro recuerda con simpatía para Prometeo que cantó para éste el himeneo cuando él, mediante persuasión, tomó a Hesione como esposa (76). Se contraponen violencia y persuasión. La prudencia, por otra parte, debe informar la decisión de celebrar una boda. Si la decisión obedece a decisiones insensatas, como lo prevé Prometeo para Zeus, arrastra consigo la aflicción (77).

La prudencia aconseja elegir consorte entre los de la clase social a que se pertenece. El Coro de *Prometeo...* alaba la sabiduría de quien pensó y acuñó la frase según la cual es ventajoso unirse en matrimonio de acuerdo con las propias condiciones sociales, y el que es obrero no debe apasionarse por la boda con quien vive muellemente por sus riquezas ni con quien presume de su estirpe (78). Pero no es sólo el de inferior condición el que corre un riesgo al unirse con el de condición superior. También lo corre el superior que, como Zeus, a pesar de su arrogancia de ánimo, llegará a ser humilde y desconocido a consecuencia de la boda que se dispone a celebrar (79). El Coro, en cambio, no tiene miedo de su propia boda porque tiene lugar entre iguales (79 bis).

Hay bodas que se condenan radicalmente: las incestuosas. El Coro de *Los siete...* dice que Edipo, tan pronto como fue consciente de sus tristes bodas, fue atormentado por el dolor (80). Sólo inconscientemente, como Edipo, puede concebirse que se celebre una unión incestuosa. También, en cierto modo, se rechazan las uniones endogámicas. La boda entre parientes es vitanda. Lo predice Prometeo dirigiéndose a lo: la quinta generación a partir de Epafos regresará a Argos huyendo de la boda consanguínea con sus primos (81). Tales bodas, no lícitas, serán pretendidas por estar los primos con el corazón arrebatado por la pasión que les impulsa a dar caza a unas bodas que no deben cazarse (82).

## EL ADULTERIO

El adulterio supone una desafección y una infidelidad. Está mal visto. Es sancionado por los hombres y por los dioses. Acarrea consecuencias luctuosas para la sociedad. La justicia exige e impone un castigo al adúltero. El himno nupcial cantado en la boda adulterina de Paris con Helena fue cantado impiamente, ilícitamente, lo que demuestra que la unión de los adúlteros no es algo piadoso (83). De ahí sus terribles consecuencias: saludable con gozo —dice el Heraldo al Coro, refiriéndose a Agamenón—, pues eso es lo adecuado, porque ha arrasado Troya desde sus cimientos con la azada de Zeus portador de justicia, y han desaparecido los altares, los templos de los dioses y la semilla del país se pierde totalmente (84). Pero, si Agamenón es instrumento de castigo por el adulterio de Paris y Helena, Clitemestra se interpreta a

(58) Supl., 658-65. (59) Per., 59-62. (60) Pers., 2114-8. (61) Ag., 1318-9. (62) Coéf., 663-7. (63) Coéf., 594-5. (64) Supl., 719-20. (65) Supl., 750-2. (66) Supl., 759. (67) Supl., 757. (68) Supl., 758. (69) Supl., 762. (70) Supl., 227. (71) Supl., 154-61. (72) Supl., 799.

(73) Supl., 1048 ss. (74) Supl., 1060. (75) Pr., 738. (76) Pr., 557. (77) Pr., 762-4. (78) Pr., 887-93. (79) Pr., 907-10. (79 bis) Pr., 901. (80) Siete, 780. (81) Pr., 853-6. (82) Pr., 856-9. (83) Ag., 701-5. (84) Ag., 525 ss.

si misma como genio vengador del crimen perpetrado por Atreo contra Tiestes, adúltero este último a su vez con Eope (85). Queda claro para el espectador —que debería compartir tales criterios— que la esposa debe amar al marido legítimo y serle fiel. La muerte del marido a manos de la esposa es algo impío (86) y el Coro de *Las Coéforas* (87) asocia en sus comentarios el castigo de los adúlteros asesinos de Agamenón con el castigo de los Priamidas por el adulterio de Paris. Ambos castigos son obra de Justicia, la hija de Zeus. La muerte del adúltero es, por tanto, algo legal. Orestes no se inquieta lo más mínimo por el homicidio que ha perpetrado en Egisto: no echa cuenta de su muerte, pues tiene el castigo que es propio de un adúltero de acuerdo con la ley (88). Por su parte el Coro aporta la sanción social: Orestes obró bien, libertó a toda la ciudad de los argivos cortando con fortuna la cabeza de dos serpientes (89).

## EL AMOR

Junto a consideraciones trascendentes que explican las desgracias humanas como sanción divina por culpas cometidas está el mecanismo psicológico que las desencadena. Recordemos ahora que en los dioses se dan factores emocionales trasunto de la psicología humana. Pues bien, en *Las Suplicantes*, las Danaides imputan la causa de su situación a la ira de una esposa, la de Zeus, irritada por los amores de éste con lo, de la que se venga. Los celos, pues, incitan a la venganza y Hera la lleva hasta las descendientes de lo. Igualmente, al profetizar Casandra su propia muerte y la de Agamenón, dice que Clitemestra se jacta de que va a castigar al marido por haberla traído con él (91). Clitemestra alega los celos como causa y justificación de sus proyectos criminales. La realidad es muy distinta: Clitemestra es impulsada por su pasión adúltera, según Casandra: esta leona bípeda que se acostaba con el lobo en ausencia del noble león va a darle muerte (92). Pero Clitemestra alega ante el Coro, como justificación del parricidio, las relaciones de Agamenón con las mujeres troyanas: yace en tierra el que ha ofendido a esta mujer, el seductor de las Criseidas al pie de Troya; y también la cautiva esta..., su compañera de cama, fiel concubina que ha desgastado con él los bancos de la nave (93). Nos interesaba destacar la existencia de los celos, para constatar la existencia del amor.

Existía el amor, aunque los textos de Esquilo sean parcos en su constatación. Nos referimos al efecto conyugal, que se destaca más bien en situaciones límite. Citemos, por ejemplo, el caso de Menelao al ser abandonado por Helena. Decían —cita el Coro (4)— los adivinos: Es posible ver silencios sin honor y sin reproche de los abandonados en medio de un dolor intenso por causa del nostálgico deseo de la que está al otro lado del mar. Y sigue el Coro (95): Parecerá que un fantasma reina en las habitaciones del palacio. La gracia de las bellas estatuas se hace odiosa al marido. Toda Afrodita (esto es, todo interés erótico) ha desaparecido para su mirada perdida en el vacío. Excelente descripción del trauma psíquico que sufre Menalao: a) Yerra como un fantasma por la casa; b) cualquier objeto bello le displace, tal vez por recordarle la belleza de Helena; c) no busca consuelo en

otros amores. Estamos, pues, ante la descripción de un hombre enamorado víctima del engaño, determinado en su actitud por algunas de las posibles reacciones. Nos lo confirman los versos siguientes (6) donde los adivinos —sigue hablando el Coro— dicen que se presentan en el sueño fantasmas dolorosos, nuevos frutos de la imaginación, que traen una alegría vana, pues vanamente, cuando alguien quiere ver lo que le es grato, se escapa la visión no mucho más tarde acompañando a los alados caminos del sueño. ¡Lo que faltaba!: Menelao sueña con Helena. El simple orgullo del esposo ofendido no justificaría el dolor intenso, ni los silencios, ni el desdén hacia otras mujeres, ni el ensueño, ni la mirada perdida en el vacío... Que Esquilo haga al Coro expresarse en estos términos puede hacernos suponer como algo normal y generalizado el afecto del esposo a la esposa. Nos cuesta trabajo admitir que la mujer fuera poco más que una sierva del marido para procurarle hijos (97). En otro pasaje nos presenta Esquilo al fantasma de Dario llamando a su esposa «anciana querida» (98). Ciertamente que Dario es un oriental; pero Esquilo es un ateniense al que no se le ocurre en tal pasaje destacar ningún elemento de contraste entre lo helénico y lo persa como hace en otras ocasiones (99).

Un nuevo dato de la existencia del amor conyugal nos lo facilita Esquilo al presentarnos como habitual que una esposa acoja con ternura al esposo que regresa a su casa después de una larga ausencia. Clitemestra, en tales circunstancias, llama a Agamenón «querida cabeza» al hacerle su hipócrita recibimiento (100). Naturalmente, el Coro, que está informado de las relaciones existentes entre Clitemestra y Egisto, ya había prevenido, discreta e inútilmente, a Agamenón contra los halagos de un amor aguado (101). Tampoco faltan las expresiones de ternura entre los amantes adúlteros. Clitemestra se dirige a Egisto diciendo: «Oh el más querido de los hombres» (102), y, al ver su cadáver, exclama: «Ay de mí. Has muerto, queridísimo mío, fuerte Egisto» (103). Por otra parte, la fidelidad es un ingrediente implícito en el amor auténtico. La aspiración normal es la de amar y ser amado hasta la muerte. Orestes dice a Clitemestra que, ya que ama a Egisto, no hay miedo de que vaya a traicionarle muerto, es decir, que también a ella va a matarla (104). Y una vez muerta Clitemestra, muestra Orestes su cadáver junto al de Egisto, invitando al Coro a que vea cómo siguen siendo amigos (105). Se está aludiendo a un amor a ultranza que no retrocede ante el crimen y que, como dice Orestes irónicamente, va más allá de la muerte. Pero lo que exige la máxima fidelidad es el matrimonio. Lo exige la justicia. Cuando el Coro de Erinis, en *Las Euménides*, concede mayor gravedad al matricidio que al asesinato del marido basándose en que en el matricidio son de la misma sangre el criminal y la víctima, Apolo afirma que es más importante la fidelidad en el matrimonio —sancionado por el de Zeus y Hera— y el amor —protegido por Cipris— de donde se deriva lo que es lo más querido para los mortales, porque la cama que el destino asigna a un hombre y una mujer tiene más fuerza que un juramento porque está custodiada por la Justicia (106).

(96) Ag., 420-6. (97) R.

Adrados: «Hombre y mujer en la poesía y en la vida griegas», pág. 156. (98) Pers., 832. (99) Pers. 211-4. (100) Ag., 905. (101) Ag., 795-8. (102) Ag., 1654. (103) Coéf., 893. (104) Coéf., 894. (105) Coéf., 976. (106) Supl., 214-8.

(85) Ag., 1497 ss. (86) Ag., 1493. (87) Coéf., 935. (88) Coéf., 990. (89) Coéf., 1044-7. (90) Supl., 169-70. (91) Ag., 1262-3. (92) Ag., 1258-60. (93) Ag., 1439-47. (94) Ag., 412-5. (95) Ag., 415-19.



bitácora  
biblioteca del estudiante

- **TIRSO DE MOLINA:**  
*Poesía lírica. Deleitar aprovechando*  
Comentado por Lois Vázquez
- **ANTONIO BUERO VALLEJO:**  
*Casi un cuento de hadas*  
Comentado por C. González Martín
- **SERGIO RABADE:**  
*Método y pensamiento en la modernidad*
- **MANUEL MACHADO:**  
*La guerra literaria*  
Comentado por F. Blasco Pascual
- **MARTA PORTAL:**  
*Análisis semiológico de «Pedro Páramo»*
- **PEDRO SALINAS:**  
*Teatro*  
Comentado por G. Torres Nebrera
- **MARTIN HEIDEGGER:**  
*¿Qué es filosofía?*  
Comentado por J.L. Molinuevo
- **VICENTE ALEIXANDRE:**  
*Pasión de la tierra*  
Comentado por Luis A. de Villena
- **P. TEILHARD DE CHARDIN:**  
*Esbozo de un universo personal*  
Comentado por J.M. Fornell



NARCEA, S.A. DE EDICIONES  
Dr. Federico Rubio, 89.  
MADRID-20: Tel. 254 61 02

## EL DESEO

El amor tiene mucho que ver con el deseo. Las víctimas más fáciles del deseo son las hembras. Más perjudicial que las fuerzas monstruosas de la naturaleza —dice el Coro de *Las Coéforas* (107)— es la mente del hombre, pero más aún la de las mujeres, que son audaces de corazón, que tienen amores que las impulsan a todas las osadías con las que acarrear la ruina de los mortales, porque el deseo —eros— vencedor de la hembra derrota la convivencia matrimonial, y esto ocurre tanto entre las bestias como entre los seres humanos.

Pero también los varones desean a las mujeres, y el deseo entra por los ojos. Dánao asegura (usando un aoristo gnómico, lo que destaca que es un dato de experiencia general y no una opinión personal), que todo el que pasa, vencido por el deseo (108) lanza a las tiernas y bellas formas de las vírgenes la flecha seductora de sus ojos. Por eso aconseja a sus hijas que sean modestas y no le deshonren, porque fruta en sazón, como lo son sus hijas, es difícil de guardar (109), ya que los frutos rezumantes los pregona la Cipris de la bella sazón, con el deseo impidiendo que su flor permanezca (110).

El deseo de lo ya conocido, pero que no está presente, genera un deseo que es nostalgia, añoranza. Las mujeres persas están lánguidas en su dolor (111) desde que despidieron a sus maridos, con un sentimiento doloroso por la ausencia, sentimiento que se basa en el amor al esposo y estar solas, sin su pareja (112). Más adelante dice el Coro que las mujeres lloran y se lamentan insaciadamente llenas de sufrimiento por la añoranza (113) de un yugo reciente —lo que llamaríamos la luna de miel— porque han perdido las ricas ropas de los lechos y el deleite de la exuberante juventud. Se constata, pues, que la mujer sufre al quedarse sola, sin el marido, que siente dolor la esposa por la ausencia del amado. Pero también el varón sufre por la ausencia de la mujer, según hemos visto en el caso de Menelao.

Deseo y Persuasión (114) son auxiliares de su querida madre Cipris, esto es, en el amor. Además, a Persuasión nunca se le niega nada. No se trata de una persuasión dialéctica fundamentada racionalmente, sino que actúa dinámicamente en virtud de un encanto seductor (115).

(107) Coéf., 585 ss. (108) Supl., 1005. (109) Supl., 996-1000. (110) Supl., 1001-2. Nos apartamos de las habituales interpretaciones de estos versos. La nuestra, creemos que coherente con el texto, es: *zaphronata stazonta zhrōstou Kipri / zafōra zōzōto' avilo: mēvra ēgō.*  
(111) Pers., 135-6. (112) Pers., 139. (113) Pers., 542. (114) Supl., 1040. (115) Supl., 1039-43.